

La ciencia de la Libertad

JUAN DUCHESNE WINTER

EL CAN QUE SUSCRIBE LAS «INVESTIGACIONES DE UN PERRO», DE FRANZ KAFKA, alude, en cierto punto, a lo que él llama «el progreso del perrerío en general a través de los tiempos, entendiendo con ello generalmente el progreso de la ciencia». Y añade: «Por supuesto que la ciencia adelanta; eso no se puede parar, inclusive avanza a pasos agigantados, y cada vez más rápidamente, pero ¿qué hay en esto de laudable? Es como pretender elogiar a alguien porque a medida que pasan los años se va volviendo más viejo y, en consecuencia, se acerca siempre con mayor rapidez a la muerte». Aquí el can investigador se refiere a la «ciencia de la alimentación». Pero en el curso de sus pesquisas él reflexiona sobre otra ciencia, que llama «musical» y también considera una tercera ciencia, la del canto sobre el hambre y los alimentos, que se ejercitaría en la frontera intermedia de la ciencia de la alimentación y la ciencia de la música. Hacia la conclusión, el investigador confiesa su ineptitud hacia las ciencias en general, señalando, con modestia invertida, que tal ineptitud proviene de su «capacidad bastante aceptable para las cosas corrientes de la vida diaria», fundada, según él, en un «instinto nada malo» que le permite apreciar aún otra ciencia, la ciencia de la libertad. El perro concluye así sus disquisiciones: «Quizás haya sido [ese] instinto el que, en razón de la ciencia, pero de otra ciencia muy distinta de la que hoy conocemos, me ha permitido apreciar más una ciencia que sea el non plus ultra de todas las ciencias, vale decir, la ciencia de valorar la libertad por sobre toda otra cosa. ¡La libertad! Sí, por cierto, la libertad tal como nos es posible actualmente es una planta bien endeble; pero de todos modos libertad, de todos modos un patrimonio» (509).

Es en ese ámbito fragmentado, incompleto, precario, insuficiente, del instinto filosóficamente perruno para las cosas corrientes de la vida cotidiana, que cierta literatura y cierta política podrían exponerse la una ante la otra (exponerse sin fundirse, porque no se funde a otra cosa lo que no alardea de sustancia propia) y encontrarse para meditar sobre ese *non plus ultra* de todas las ciencias, la ciencia de la libertad. Tal es la naturaleza del espacio abierto por revistas como *Encuentro* —pronunciar palabras de meditación ética y estética en torno al jardín endeble y penumbroso de la libertad, que yace casi escondido en una polis atestada de mitologías apabullantes.

Hablando de espacios, tuve el gusto de presentar no hace mucho el libro *Fulguración del espacio* (2002), el más exhaustivo y riguroso estudio sobre el reinado de la revista *Casa de las Américas* realizado hasta la fecha. Allí el poeta y ensayista Juan Carlos Quintero radiografía lo que él llama un espacio de «fulguración», es decir, un andamiaje de discursos patriarcales y soberanistas fundados sobre metáforas de luz, transparencia y arrobamiento avasallante, que si bien alcanzó cotas de legitimidad al convocar a no pocos creadores de calidad, derivó hacia el control y vigilancia de la literatura y de otras artes. Esta «fulguración» operó, pese a sus connotaciones místico-

poéticas, dentro del foco retórico de una lámpara policiaca que algunos asocian a un manoseado «sol del mundo moral». Presumo que a Juan Carlos Quintero, en tanto que puertorriqueño de una generación indiferente a las angustias sesentistas, le resbalaría un episodio tan pesado como el desenlace autoritario de una institución cultural de la Revolución Cubana, si no fuera porque, como él reconoce, aún hoy, y aun en un lugar tan poco proclive al utopismo fulgurante como Puerto Rico, poderes culturales nada desdeñables pretenden imponer interpelaciones autoritarias y posicionamientos moralistas en torno a la utopía momificada. En la perspectiva puertorriqueña la Revolución Cubana ya languidece como un viejo *theme park* para la aventura *radical chic* de cierta élite conservadora, muy bien colocada en esta sociedad del espectáculo. Es un destino turístico con un nicho cómodo, aunque algo datado. Pero, en una sociedad plenamente entregada al espectáculo difuso como la puertorriqueña, la banalidad inconsecuente de los predicadores y los próceres *wanna-be*, asume, no pocas veces, una perversidad sorprendentemente dañina. Es por ello muy pertinente la minuciosidad con que Quintero analiza el endurecimiento autoritario de lo que para muchos de nosotros fue la promesa de *Casa de las Américas*. No podemos dejar de interesarnos en la dramática liquidación de un espacio intelectual promisorio, escenificada bajo una jerarquía militarista y dogmática que, eventualmente, expuso ante todos su hostilidad visceral hacia la escritura y el arte en tanto que ámbitos de libertad. Es un tema pertinente en nuestro medio, a pesar de las apariencias. El neonacionalismo banal y menudo reinante hoy en Puerto Rico alimenta vínculos perversos con el nacionalismo grave y morrocotudo de la Revolución Cubana. A ello se vincula, de alguna manera, el placer que siento al leer un número de *Encuentro*.

Si algo permite comparar a *Encuentro* con *Casa de las Américas*, es el incomparable registro, la banda de frecuencia completamente distinta en que habla *Encuentro*. *Casa* representó un proyecto de expansión de una burocracia autoritaria sobre el terreno de la literatura y de otros discursos culturales, que se clausuró en torno a su propio cerco de vigilancia y control: aquello que Quintero define como un cierre poético-político que expulsa tanto a la política como a la poética. Casa cerrada, casa condenada. En cambio, *Encuentro* discurre por un espacio exterior, exterior en un sentido menos geográfico y territorial de lo que parecería, pues no se trata propiamente de una revista del exilio ni exterior al territorio cubano, dado que en ella participan escritores residentes en Cuba, o en otras partes del mundo, y su foco asume las perspectivas intra y extra isleñas sin jerarquizarlas ni disolverlas. La exterioridad de *Encuentro* corresponde más bien a la manera en que sus escrituras despliegan una espacialidad expuesta y sin territorio propio, donde la estética es zona nómada potenciada por la fragmentación y la política es política, es decir, se presenta como encuentro de singularidades y opacidades irreductibles a un sentido único, y no como la fulguración avasallante de un sujeto histórico que funde sentido y verdad, demandando la postración incuestionada ante el mandato del prócer que lo encarna. Leer *Encuentro* es transitar estéticas que confluyen en políticas y viceversa, sin sujetarse a interpelaciones de autorización o desautorización moral. Política y estética comparten su condición de bordes sin territorio propio: por ello se encuentran pero no se funden, imbricándose como las superficies reversibles de una cinta moebius.

El interesantísimo dossier, publicado recientemente, sobre la primera oposición cubana, surgida ante el irresistible ascenso de Fidel Castro al trono, no disminuye, sino que

acentúa, esta sensación de que la Cuba revolucionaria y posrevolucionaria nunca dejó de ser, a pesar de los fuegos artificiales marxistas, otra cosa que un estado-nación oligárquico más del ámbito latinoamericano. No pretendo cuestionar la especificidad de tantos rasgos característicos del caso cubano, sino la excepcionalidad de la estructura de conjunto, en la larga duración. El repaso sintético y elocuente, con calidad testimonial, permitido por este dossier, aguzó mi mirada histórica con una frescura que sinceramente no esperaba.

Después de leer los testimonios directos de varios actores de la primera oposición y los excelentes ensayos reconstructivos de Javier Figueroa y Elizabeth Burgos, surgen planos de perspectiva que aquí sólo alcanzo a enunciar como conjeturas para mayor desarrollo. Durante 1959 a 1965 el nuevo Estado cubano operó como una oligarquía militar que libró una guerra sucia para aniquilar la base social y política del movimiento antibatistiano y sus elementos democráticos, incluyendo a los componentes más esclarecidos del propio movimiento constituyente de dicho nuevo Estado, es decir, los cuadros indóciles del propio Movimiento 26 de Julio organizado por Fidel Castro. La oligarquía militar fidelista prescinde por completo de la oligarquía sociopolítica tradicional y se propone sustituirla *in nuce*, desde la semilla. Es como si la junta militar argentina o Pinochet, ambos en la década del 70, hubieran mandado a empacar a las oligarquías nacionales tradicionales a las cuales arrebataron las riendas políticas del Estado. El efecto de reconstituir el Estado oligárquico contra el posible afianzamiento de movimientos democráticos y sociales y contra el inminente surgimiento de repúblicas plurales, modernamente políticas, es el mismo. Sólo que Fidel Castro está en la posición de aconsejar a los militares latinoamericanos cómo arrebatarse completamente las riendas políticas a las oligarquías tradicionales, fabricar una oligarquía no tradicional totalmente sometida a su mando unipersonal y retener el poder mucho más tiempo del que el escaso conocimiento de las técnicas estalinistas que poseen estos homólogos suyos les permite siquiera imaginar.

Las decenas de miles de militantes del propio movimiento constituyente del nuevo poder, los centenares de miles de campesinos, obreros y miembros de la clase media movilizadas históricamente contra la dictadura batistiana que luego fueron masacrados, encarcelados, desplazados, silenciados, expatriados o reeducados durante 1959-1965, fueron víctimas de una guerra sucia en la cual se reconfigura una nueva oligarquía extraída de sectores desclasados de la pequeña burguesía que se adhieren al aparato autoritario en ciernes, basado en el dominio político-militar. Esta nueva oligarquía cubana refuncionaliza los racionalidades y técnicas pseudomodernas desarrolladas en el primer tercio del siglo xx por las maquinarias leninistas, estalinistas y fascistas, resignificándolas dentro de una mitología nacional decimonónica poco diferente, en su gran relato de base, de las doctrinas de seguridad nacional y depuración moral de otras oligarquías militares de América Latina, con todo y sus imaginarios patriarcales y autoritarios. La oligarquía tradicional fue un objetivo de la represión del nuevo Estado fidelista sólo en la medida en que se trataba de un adversario a sustituir en el comando de la polis, pero el principal objetivo de toda la descarga destructiva y disciplinaria de dicho Estado fueron los sectores sociales subalternos en efervescencia, que debían someterse, después de la toma del poder, al nuevo poder constituido y brindarle la sustancia hegemónica necesaria, en la medida en que se lograba reproducir la subalternidad de estos sectores por otros medios más efectivos que los del anterior Estado oligárquico

tradicional. Esos medios incluyen las conocidas técnicas de encuadramiento, disciplina y resubjetivación de masas que manejaron regímenes totalitarios. Fidel Castro y su cuerpo de mando político-militar comprendieron muy rápidamente que los sectores subalternos que sostuvieron el movimiento revolucionario, y constituyeron su poder inicial, debían ser desmantelados como poder constituyente para reconvertirlos al papel de súbditos del poder constituido que la historia, desafortunadamente, siempre les ha reservado a los oprimidos. Quien no quiso aceptar este traicionero dictamen de la historia de los opresores, quien quiso tomar en serio la interrupción liberadora ocasionada por los oprimidos, fue arrasado por el mando revolucionario con una violencia que la burguesía oligárquica cubana apenas experimentó en carne propia.

Mientras leía en este dossier testimonios de sobrevivientes de las torturas y malos tratos carcelarios ocurridos durante la guerra sucia de la oligarquía militar revolucionaria, discutía en mi curso de literatura la novela *Insensatez*, del salvadoreño Horacio Castellanos Moya. El relato describe cómo el protagonista lee otros relatos: los testimonios de sobrevivientes de la guerra sucia perpetrada en los 80 por la oligarquía militar guatemalteca contra la sociedad civil de su país. También cité en clase el libro *A Lexicon of Terror*, de Marguerite Feitlowitz, quien lee e interpreta relatos de sobrevivientes de la guerra sucia librada contra los movimientos sociales por los militares argentinos de 1976 a 1983. Las tres experiencias de lectura comparten las mismas estructuras traumáticas y las mismas transformaciones básicas del lenguaje a la hora de comprender las aporías del testimonio de la víctima. Comparten, además, procesos históricos estructuralmente similares de reconstitución oligárquica de los estados-nación latinoamericanos. La especificidad o, si se quiere, excepcionalidad del caso cubano, es, sobre todo, instrumental: el Estado cubano, aparte de anticiparse históricamente a sus congéneres en la operación del dispositivo de guerras sucias, aplicó las técnicas pseudomodernas de los legados leninistas, estalinistas y fascistas, entre las que se incluye el desplazamiento de las oligarquías tradicionales, la movilización y encuadramiento políticos de las masas subalternas según el molde totalitario. Además, la oligarquía revolucionaria cubana transfirió la propiedad privada tradicional a un sistema burocrático bajo su control y usufructo privilegiado, que funciona como propiedad exclusiva de la corporación político-militar compuesta por el ejército y el partido único. Estas diferencias son significativas y explican en gran medida la permanencia extendida de dicho poder oligárquico, que se reproduce mediante técnicas de gestión burocrática planificada. Sin embargo, los testimonios demuestran que tanto el comportamiento estructural del poder como la fenomenología del trauma histórico, en términos psicológicos y políticos, de todos estos procesos violentos de reconstitución oligárquica de la dominación del Estado en nuestro continente, han sido experiencias muy similares para sus víctimas innumerables, para los oprimidos y excluidos, que son quienes importan desde el punto de vista ético. Cuba, en ese sentido profundo, no ha sido una excepción.

Agradezco, en fin, a la revista *Encuentro*, el haberme estimulado a pensar una vez más en estos problemas de la ciencia de la libertad, e inspirar de nuevo mi convencimiento de que, si alguna validez le resta a la metáfora espacial que me ubica siempre en la izquierda política, es el planteamiento firme y radical de la igual libertad de todos, es decir, de lo que Jean-Luc Nancy llama la *egaliberté* o *iguallibertad*, como tema fundamental de toda discusión estética, ética o política.